

EL CANTO DE LOS QUETZALES

Por
Victor Roswell

Dagus Ediciones 2011
Copyright: Victor Roswell 2011
Ilustración de la cubierta: Theo Aartsma
ISBN: 978-9930-9414-0-9 (Libro impreso)
ISBN: 978-9930-9414-2-3 (Libro electrónico)

www.victorroswell.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni el almacenamiento en sistemas de recuperación de la información, ni transmisión alguna, cualquiera que sea el medio empleado, incluidos los electrónicos, fotocopia o grabaciones, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual

a S, por creer

TABLA DE CONTENIDO

[Capítulo 1 – Siete años antes](#)
[Capítulo 2 – El "Loco Matías"](#)
[Capítulo 3– El señor Murray](#)
[Capítulo 4 – Entre bajo su propio riesgo](#)
[Capítulo 5 – Las esferas de piedra](#)
[Capítulo 6 – Cabeza de agua](#)
[Capítulo 7 – La historia de las tumbas vacías](#)
[Capítulo 8 – Las ruinas](#)
[Capítulo 9 – La historia de Matías](#)
[Capítulo 10 – Cuentos de vikingos](#)
[Capítulo 11 – El árbol...](#)
[Capítulo 12 – ...no florecía](#)
[Capítulo 13 – El juicio de la selva](#)

En la cadena montañosa del Pacífico Sur de Costa Rica se encuentran unas montañas..., se llamarán las montañas de San Cristóbal. Ese no es su verdadero nombre, pero evitará que alguien inescrupuloso o ambicioso encuentre este fantástico lugar, si se enterara de esta historia. Lo que sí es verídico es que esta tierra nunca pudo ser conquistada por los españoles, ni por ningún otro pueblo, antes o después de ellos...

Capítulo 1 - Siete años antes

*Cuando las colas largas de plumas brillantes desaparecen de la selva,
cuando las que no cantan entonan el canto de la vida,
el árbol azul que se viste de arcoíris,
llora lágrimas de alegría.*

Leyenda indígena

El pequeño Diego apoyaba su barbilla en el marco de la ventana, mientras su mirada se perdía entre las montañas de San Cristóbal. Afuera caía una ligera llovizna, pero eso no era lo que lo tenía tan aburrido, sino el tercer día sin salir de casa, castigo impuesto por su madre días antes, después de descubrirlo con un poco de agua en una botella de plástico, unos cuantos emparedados y un cuchillo de cocina, listo para internarse en aquella inexplorada, enigmática y misteriosa selva.

Sí, misteriosa para él y para todos aquellos que habían prestado atención a las extrañas historias que se narraban de ese sitio desde antes de la llegada de los españoles. Diego las conocía todas, pues su padre se las había relatado infinidad de veces: aventureros internados en las montañas, en busca de oro que incas y aztecas escondieron de los españoles, y de quienes nunca más se tuvo noticia; exploradores a los que la densa y peligrosa selva les impidió el paso; lugareños perseguidos por extraños animales; turistas extraviados por días sin recordar dónde estuvieron o científicos cuyos experimentos resultaron dañados sin explicación, y como estas, muchas historias más.

La fascinación que la selva ejercía sobre Diego ocurría desde siempre; tal vez porque sus padres se habían conocido, casado y formado una familia en aquel lugar. Habían dedicado sus carreras a investigar curas para dolorosas enfermedades que aún carecían de una. Por ello, desde que estaba en el vientre de su madre, había recorrido sus senderos y así había tenido contacto, desde antes de nacer, con sus innumerables sonidos y olores.

Eugenia, la madre de Diego, miró a su hijo de siete años y se le hizo un nudo en el corazón al verlo tan aburrido. Sin embargo, sabía que aquello era conveniente, pues debía comprender su mala acción. Cerró por un momento los ojos, tratando de alejar el pensamiento de lo que habría sucedido si no hubiera llegado a tiempo para detenerlo. No sabía qué se le había metido al pequeño que lo impulsó a querer ingresar a aquella selva solo; tendría que ser más cuidadosa con él en el futuro. Suspiró, no le gustaba castigarlo, mas no podía dejar de hacerlo; dio media vuelta e iba a continuar con sus quehaceres, cuando lo escuchó llamándola de forma agitada:

—¡Mamá, mamá!

Cuando ella se acercó, él, que no quitaba la vista de las montañas, le dijo:

—¡Mira!

Así lo hizo, pero no vio nada extraordinario.

—¿Qué ves? —preguntó ella sin mayor entusiasmo.

—¡Las montañas! ¡Son azules! —dijo Diego con gran emoción.

Ella volvió a verlas y las vio igual que siempre.

—Sí, son azules —replicó ella sin entenderlo.

—¿Por qué son azules si los árboles y las plantas son verdes?

Eugenia sonrió y entonces comprendió de dónde venía su sorpresa. Así que alcanzando un pequeño banco de madera, lo colocó junto al de él y le dijo:

—Las montañas en realidad son verdes...

—¡No, no, son azules! —la interrumpió el pequeño.

—Déjame terminar. Las montañas son verdes...—y tuvo que hacerle un ademán con su mano para que la dejara hablar—. Las montañas son verdes, porque en la atmósfera se produce un efecto óptico que nos hace verlas azules.

El pequeño se volvió a verla y en su rostro se dibujaba una expresión de total incompreensión; Eugenia pensó en una explicación más simple.

—Mira, en el aire existen pequeñas gotitas de agua que no terminan de caer hasta el suelo; eso provoca que cuando la luz del sol las atraviesa, parecen de color azul, aunque no lo sean.

Diego la miró y se decepcionó. Nuevamente aburrido volvió a poner su barbilla sobre el marco de la ventana. Por lo visto, esperaba algún otro tipo de explicación más interesante, quizás relacionada con las historias que tanto le gustaban. Su madre sonrió y entonces le dijo:

—Aunque alguien una vez me contó que son azules pues tratan de esconder un árbol que existe en la selva que también es de ese color.

Diego de inmediato volvió a ver a su madre con los ojos totalmente abiertos:

—¿Un árbol azul?

—Sí, un árbol azul. ¿Quieres que te cuente la historia?

—Sí, por favor, por favor, por favor.

—Bueno, prométeme que no me vas a interrumpir, —él respondió afirmativamente con la cabeza.

Así que su madre le relató lo siguiente:

—Dicen que uno de los primeros españoles en llegar a este lugar, allá por el año de mil seiscientos ochentaisiete, fue un joven de nombre Tomás Sánchez, quien vino al nuevo mundo junto con otros colonos y fundó el pueblo de San Cristóbal. También, dicen que por esos días apareció un hombre a quienes los indígenas le tenían miedo, pues según ellos era un espíritu que había salido de las montañas hacía mucho tiempo y no había vuelto a regresar a ellas.

»Ese hombre, que no era indígena, tampoco español, a pesar de que se parecía más a estos últimos. No hablaba español, portugués, ni ningún idioma que Tomás conociera; sin embargo, en pocos días aprendió y dominó el idioma español como si fuera su primera lengua. Dijo llamarse Bonas y según su propio relato, había llegado a aquellas tierras hacía más de seiscientos años.

—¡Uooh! —dijo Diego sin poder contenerse.

—Evidentemente —continuó su madre haciendo caso omiso a la interrupción—, Tomás y los demás colonos creyeron que estaba loco, pero aunque así fuera, eso no resolvía el

enigma de cómo había llegado ahí y él no se tomaba la molestia de explicarlo. En todo caso, él y Tomás se hicieron amigos. Bonas se ofreció guiarlo por aquellas tierras; en ese entonces la selva era aún más grande de lo que es hoy en día. De hecho, todo el territorio de lo que actualmente es Costa Rica estaba cubierto por una densa vegetación, pues apenas habían llegado los primeros colonos y aún no se habían fundado grandes ciudades, ya que esta región era una de las provincias más pobres y alejadas del imperio español.

»Bonas fue un excelente guía y de gran ayuda para todos los colonos, en especial para Tomás: le mostró la tierra; lo enseñó a utilizar las plantas y frutos que crecían en este lugar y eran totalmente desconocidos en España. También le enseñó a identificar los animales y reptiles, en especial a las serpientes. Con todo, Bonas siempre se negó a llevarlo a las montañas –y al decir esto, Eugenia miró hacia ellas pensando en lo mucho que atraían a su pequeño hijo.

»Ante la negativa de Bonas de llevarlo a lo más profundo de aquellas montañas, Tomás pidió a los indígenas que lo llevaran ahí, pero ellos tampoco quisieron hacerlo, así que él les preguntó la razón por la que nadie quería ir allí. Ellos le explicaron que ahí habitaba un pueblo, los espíritus azules, quienes protegían un árbol también azul y del cual se desprendía una niebla que cubría aquellas montañas y volvía locos a los hombres.

»El árbol azul era el ser vivo más viejo de todos los que habitaban aquella región. No obstante, cuando los quetzales, a los que los indígenas llamaban “colas largas de plumas brillantes”, desaparecían de la selva y el árbol se vestía de todos los colores del arcoíris, del árbol brotaban unas flores color carmesí; el pueblo de los espíritus azules las valoraban más que nada en todo el mundo, más que el oro o cualquier otra riqueza imaginable: de ellas se extraía un néctar que curaba toda enfermedad del cuerpo y la mente. Incluso, los espíritus azules las valoraban más que la raíz del propio árbol, la cual otorgaba la inmortalidad a quien la comiera.

—¿Inmortalidad? ¿Qué es eso? —preguntó Diego sin comprender.

—Eso significa que quien comía de la raíz no moriría.

—¡Uooh! —exclamó nuevamente el pequeño.

—Sin embargo, nadie sabía dónde habitaba aquel pueblo, si en verdad eran espíritus o seres humanos, o cómo se les podía contactar. Aunque los indígenas decían que ellos sí podían verlo a uno, pues siempre estaban vigilando que nadie ingresara a aquellas tierras. Los que por error o por decisión lo hacían, a veces no volvían y si lo hacían, después no recordaban dónde habían estado. Por ello, evitaban internarse en aquellas montañas, sabían que su presencia no era grata para ellos.

»También le contaron a Tomás que mucho tiempo atrás, antes que llegaran los españoles, de las tierras del norte y del sur, así como por el mar, habían llegado grandes ejércitos en busca de aquel árbol y se habían internado en las montañas, pero ninguno de ellos volvió a salir jamás.

»Cuando Tomás escuchó todos estos relatos, de inmediato le preguntó a Bonas si eran ciertos. Bonas quedó muy serio y luego le contestó que sí, eran ciertos, pues él nunca le había mentado cuando le dijo que había llegado hacía seiscientos años a aquel lugar junto con otros compañeros. La mayoría había muerto, sin embargo, los que sobrevivieron lo hicieron porque el pueblo de los espíritus azules los encontró y les dio del néctar con el que curaron sus enfermedades y heridas.

»Además le contó que fue cuando estuvieron con ese pueblo que descubrieron el secreto: quien come de la raíz del árbol obtiene la inmortalidad. Ellos la desearon y quisieron obtenerla y así lo hicieron, pero a un costo muy grande, el cual Bonas nunca

quiso explicarle.

»Tomás quedó obsesionado con aquella historia. Antes de venir a América, había leído las memorias de Hernando de Escalante Fontaneda, un náufrago que escribió sobre un conquistador español de nombre Juan Ponce de León, quien había buscado la fuente de la eterna juventud en la Florida, aunque nunca la encontró. Si bien no había creído la historia de Ponce de León, el viaje al Nuevo Mundo le había enseñado que aquellas selvas escondían muchos secretos; tal vez uno de ellos fuera que una fuente de agua no era lo que otorgaba la eterna juventud, sino la raíz de un árbol azul. Además, había aprendido que su amigo Bonas nunca mentía y rápidamente se encontró creyendo que efectivamente él había llegado a aquellas tierras en el siglo décimo después de Cristo.

»Cuando Tomás vino al Nuevo Mundo, había sido con el ánimo de hacerse rico y regresar a España, pero pronto había descubierto que estas tierras carecían de los minerales preciosos como los de otras partes, por ejemplo México o Perú. Lo único que había era grandes extensiones de selva sin explorar y esto lo había desilusionado. Mas, ahora la oportunidad se presentaba ante él y, si lograba encontrar aquel árbol y obtener su raíz, sabía que se convertiría en el hombre más rico de Europa. No, no sólo de Europa, sino del mundo entero, pues todos los reyes y reinas de cada extremo de la tierra estarían dispuestos a pagar fortunas inmensas por obtener la inmortalidad.

»Desde ese entonces, Tomás trató de convencer a Bonas de que lo llevara al lugar donde se encontraba el árbol; sin embargo, Bonas se negó, pues vio en los ojos de su amigo la ambición. Incluso, le insistía que nadie podía entrar en aquella selva si esta no daba su permiso. Tomás sabía que no podía internarse sin Bonas, porque podía pasar el resto de su vida buscando el árbol sin encontrarlo nunca o peor aún, que lo encontrara el pueblo protector del árbol. Por ello, empezó a pensar en alguna forma de obligar a su amigo para que lo llevara; pero, por mucho tiempo no pudo encontrar ninguna razón.

»Un día la suerte, si es que se puede llamar suerte, finalmente estuvo de su lado. Resulta que entre los españoles que habían llegado con Tomás a aquellas tierras, se hallaba una familia formada por el padre, José González, su esposa Lucrecia y su hija Rosa. Habían dejado su tierra para buscar mejores oportunidades en aquel lugar y, a diferencia de otros, se hallaban contentos, pues la tierra era fértil y habían empezado a sembrar, e incluso a comerciar, con otros pueblos.

»La pequeña Rosa era el amor de sus padres, una niña inquieta y simpática. Para aquellos que habían llegado a América, representaba el futuro de aquel lugar. Incluso Bonas, quien era amigo de todos, se había encariñado con la pequeña, a quien le llevaba frutas, pequeños animales y pájaros para que jugara.

»Sin embargo, un día Rosa empezó a enfermar. Entonces llamaron a un médico, pero este no pudo diagnosticar qué mal la había atacado. Probablemente había sido infectada por alguna enfermedad tropical, desconocida para ese entonces por la medicina, por ello no se podía hacer nada. Tomás, al igual que todos sus vecinos, estaba preocupado por la pequeña Rosa: en el fondo de su corazón deseaba ayudarla y fue en ese momento que pensó en las flores del árbol azul que curaban toda enfermedad.

»Bonas se había encariñado mucho con la pequeña, supo que podía curarla si encontraba de nuevo el árbol, lo que no notó fue que se había convertido en la oportunidad que Tomás había estado buscando. Así es que tanto Bonas y Tomás, quien se ofreció a acompañarlo, se internaron en las montañas. Luego de varios días, Tomás regresó solo, pero no habló con nadie. Quienes lo vieron, comentaron que algo en él había cambiado, aunque no lo podían explicar. Lo que sí aseguraban era que había ido directamente a la

casa de la pequeña Rosa, la cual estaba a las puertas de la muerte. Entró en su cuarto y no permitió que nadie más entrara.

»Luego de una angustiada espera, salió con la niña de la mano, si bien estaba delgada por tantos días de ayuno, lucía completamente saludable y feliz. Sus padres y los vecinos de aquel lugar se habían vuelto locos de alegría. Cuando al fin la celebración hubo pasado, todos querían agradecerle a Tomás por lo que había hecho, pero este ya no estaba ahí y nunca más lo volvieron a ver ni a saber de él.

Diego, que había escuchado el relato casi sin respirar, apenas su madre se detuvo le preguntó:

—¿Qué pasó con el señor Bonas?

—No sé, nunca pregunté.

—Y ¿qué pasó con el señor Tomás?

Su madre sonrió misteriosamente y dijo:

—Tal vez ande caminando por ahí.

—¿Nadie lo volvió a ver?

—Dicen que cuando Rosa cumplió ciento treintaitres años, se hizo una enorme celebración en el pueblo en su honor y ese día apareció un hombre a quien ella reconoció como Tomás. Pero nadie sabía si lo estaría confundiendo por su avanzada edad, pues Rosa era la única que lo conocía y los demás que alguna vez lo pudieron identificar, estaban muertos. Ella aseguró, hasta que murió a los ciento cuarentaidos años, que ese hombre era Tomás.

Diego miró las montañas con mayor fascinación que antes, había quedado muy impresionado con la historia, luego se volvió a su madre y le pregunto:

—¿Has visto alguna vez el árbol azul?

—No, nunca.

—¿Crees que exista un árbol que pueda curar todas las enfermedades?

Su madre miró hacia las montañas un momento antes de contestarle y luego le respondió:

—En la actualidad, más de la mitad de las medicinas se obtienen de plantas y árboles que provienen de la selva tropical, por eso... sí, sí creo que exista ese árbol.

Diego miró de nuevo hacia las montañas, después de un momento se prometió que algún día él encontraría ese árbol, pero sin que su madre se diera cuenta, sino lo castigaría nuevamente. Y Diego cumpliría ambas partes de su promesa.